

LOPE DE VEGA Y CARPIO, FÉLIX (1562-1635)

LA MOZA DE CÁNTARO

PERSONAS:

El CONDE, galán
Don JUAN, galán
Don DIEGO, galán
FULGENCIO, galán
Don BERNARDO, viejo
PEDRO, lacayo
MARTÍN, lacayo
LORENZO, lacayo
BERNAL, lacayo
Doña MARÍA, dama
Doña ANA, viuda
LUISA, criada
LEONOR, criada
JUANA, criada
ALCAIDE
INDIANO
MESONERO
MOZO de mulas
MÚSICOS
LACAYOS
ACOMPAÑAMIENTO

ACTO I

Salen Doña MARÍA y LUISA, con unos papeles

LUISA:

Es cosa lo que ha pasado
para morir de risa.

MARÍA:

¿Tantos papeles, Lúisa,
esos Narcisos te han dado?

LUISA:
¿Lo que miras dificultas?

MARÍA:
¡Bravo amor, brava fineza!

LUISA:
No sé si te llame alteza
para darte estas consultas.

MARÍA:
A señoría te inclina,
pues entre otras partes graves,
tengo deudo, como sabes,
con el duque de Medina.

LUISA:
Es título la belleza
tan alto, que te podría
llamar muy bien señoría,
y aspirar, señora, a alteza.

MARÍA:
¡Lindamente me conoces!
Dasme por la vanidad.

LUISA:
No es lisonja la verdad,
ni las digo, así te goces.
No hay en Ronda ni en Sevilla
dama como tú.

MARÍA:
Yo creo,
Lüisa, tu buen deseo.

LUISA:
Tu gusto me maravilla.
A ninguno quieres bien.

MARÍA:
Todos me parecen mal.

LUISA:
Arrogancia natural
te obliga a tanto desdén.

--Éste es de don Luis.

MARÍA:

Lo leo
sólo por cumplir contigo.

LUISA:

Yo soy de su amor testigo.

MARÍA:

Y yo de que es necio y feo.

Lee

"Considerando conmigo a solas, señora
doña María..."

No leo.

Rompe el papel

LUISA:

¿Por qué?

MARÍA:

¿No ves
que comienza alguna historia,
o que quiere en la memoria
de la muerte hablar después?

LUISA:

Éste es de don Pedro.

MARÍA:

Muestra.

LUISA:

Yo te aseguro que es tal,
que no te parezca mal.

MARÍA:

¡Bravos rasgos! ¡Pluma diestra!

Lee

"Con hermoso, si bien severo, no dulce,

apacible sí rostro, señora mía, mentida
vista me miró vuestro desdén, absorto de
toda humanidad, rígido empero, y no con
lo brillante solícito, que de candor
celeste clarifica vuestra faz, la
hebdómada pasada."

Rómpele

¿Qué receta es ésta, di?
¿Qué médico te la dio?

LUISA:
Pues ¿no entiendes culto?

MARÍA:
¿Yo?
¿Habla de "aciértame aquí"?

LUISA:
Hazte boba, por tu vida.
¿Puede nadie ser discreto
sin que envuelva su conceto
en invención tan lucida?

MARÍA:
¿Ésta es lucida invención?
Ahora bien, ¿hay más papel?

LUISA:
El de don Diego, que en él
se cifra la discreción.

Lee

MARÍA:
"Si yo fuera tan dichoso como vuestra
merced hermosa, hecho estaba el partido."

Rómpele

¿Qué es partido? No prosigo.

LUISA:
¿Que nada te ha de agradar?

MARÍA:

Pienso que quiere jugar
a la pelota conmigo.
Lüisa, en resolución,
yo no tengo de querer
hombre humano.

LUISA:

¿Qué has de hacer,
si todos como éstos son?

MARÍA:

Estar me sola en mi casa.
Venga de Flandes mi hermano,
pues siendo tan rico, en vano
penas inútiles pasa.
Cásese, y déjeme a mí
mi padre; que yo no veo
dónde aplique mi deseo
de cuantos andan aquí,
codiciosos de su hacienda;
que, si va a decir verdad,
no quiere mi vanidad
que cosa indigna le ofenda.
Nací con esta arrogancia.
No me puedo sujetar,
si es sujetarse el casar.

LUISA:

Hombres de mucha importancia
te pretenden.

MARÍA:

Ya te digo
que ninguno es para mí.

LUISA:

Pues ¿has de vivir así?

MARÍA:

¿Tan mal estaré conmigo?
Joyas y galas ¿no son
los polos de las mujeres?
Si a mí me sobran, ¿qué quieres?

LUISA:

¡Qué terrible condición!

MARÍA:

Necia estás. No he de casarme.

LUISA:

Si tu padre ha dado el sí,
¿qué piensas hacer de ti?

MARÍA:

¿Puede mi padre obligarme
a casar sin voluntad?

LUISA:

Ni tú tomarte licencia
para tanta inobediencia.

MARÍA:

La primera necedad
dicen que no es de temer,
sino las que van tras ella,
pretendiendo deshacella.

LUISA:

Los padres obedecer
es mandamiento de Dios.

MARÍA:

¿Ya llegas a predicarme?

LUISA:

Nuño acaba de avisarme
que estaban juntos los dos . .

.

MARÍA:

¿Quién?

LUISA:

Mi señor y don Diego.

MARÍA:

¿Qué importa que hablando estén,
si no me parece bien,
y le desengaño luego?

LUISA:

Y don Luis ¿no es muy galán?

MARÍA:

Tal salud tengas, Lúisa.
Muchas se casan aprisa,
que a llorar despacio van.

LUISA:

Ésa es dicha y no elección;
que mirado y escogido
salió malo algún marido,
y otros sin ver, no lo son.
Que si son por condiciones
los hombres buenos o malos,
muchas que esperan regalos
encuentran malas razones.
Pero en don Pedro no creo
que haya más que desear.

MARÍA:

Sí hay, Luisa...

LUISA:

¿Qué?

MARÍA:

No hallar
a mi lado hombre tan feo.

LUISA:

Mil bienes me dicen dél,
y tú sola dél te ríes.

MARÍA:

Lúisa, no me porfíes;
Que éste es don Pedro el Crüel.

LUISA:

Tu desdén me maravilla.

MARÍA:

Pues ten por cierta verdad
que es rey de la necedad,
como el otro de Castilla.

LUISA:

Don Diego está confiado;
joyas te ha hecho famosas.

MARÍA:
¿Joyas?

LUISA:
Y galas costosas;
hasta coche te ha comprado.

MARÍA:
Don Diego de noche y coche.

LUISA:
¡De noche un gran caballero!

MARÍA:
Mas ¡ay Dios! que no le quiero
para don Diego de noche.
Otra le goce, Lúisa,
no yo. ¡De noche visiones!

LUISA:
Oigo unas tristes razones.

MARÍA:
Volvióse en llanto la risa.
¿No es éste mi padre?

LUISA:
Él es.

Don BERNARDO, de hábito de Santiago, con un lienzo
en los ojos. DICHAS

BERNARDO:
¡Ay de mí!

MARÍA:
Señor, ¿qué es esto?
¿Vos llorando y descompuesto,
y yo no estoy a esos pies?
¿Qué tenéis, padre y señor,
mi solo y único bien?

BERNARDO:

Vergüenza de que me ven
venir vivo y sin honor.

MARÍA:
¿Cómo sin honor?

BERNARDO:
No sé.
Déjame, por Dios, María.

MARÍA:
Siendo vos vida en la mía,
¿cómo dejaros podré?
¿Habéis acaso caído?
Que los años muchos son.

BERNARDO:
Cayó toda la opinión
y nobleza que he tenido.
No es de los hombres llorar;
pero lloro un hijo mío
que está en Flandes, de quien fío
que me supiera vengar.
Siendo hombre, llorar me agrada;
porque los viejos, María,
somos niños desde el día
que no quitamos la espada.

MARÍA:
Sin color, y el alma en calma
os oigo, padre y señor;
mas ¿qué mucho sin color,
si ya me tenéis sin alma?
¿Qué había de hacer mi hermano?
¿De quién os ha de vengar?

BERNARDO:
Hija, ¿quiéresme dejar?

MARÍA:
Porfías, señor, en vano.
Antes de llorar se causa
la excusa, pero no agora;
que siempre quiere el que llora
que le pregunten la causa.

BERNARDO:

Don Diego me habló, María...

Contigo casarse intenta...

Respondíle que tu gusto

era la primer licencia,

y la segunda del Duque.

Escribí, fue la respuesta

no como yo la esperaba;

que darte dueño quisieran

estas canas, que me avisan

de que ya mi fin se cerca.

Puse la carta en el pecho,

lugar que es bien que le deba;

que llamarme deudo el Duque

fue de esta cruz encomienda.

Vino a buscarme don Diego

a la Plaza (¡nunca fuera

esta mañana a la Plaza!),

y con humilde apariencia

me preguntó si tenía

(aunque con alguna pena)

carta de Sanlúcar. Yo

le respondí que tuviera

a dicha poder servirle:

breve y bastante respuesta.

Dijo que el Duque sabía

su calidad y nobleza;

que le enseñase la carta,

o que era mía la afrenta

de la disculpa engañosa.

Yo, por quitar la sospecha,

saqué la carta del pecho,

y turbado leyó en ella

estas razones, María.

--Quien tal mostró, que tal tenga.

--"Muy honrado caballero

es don Diego; pero sea

el que ha de ser vuestro yerno

tal, que al hábito os suceda

como a vuestra noble casa."

Entonces don Diego, vuelta

la color en nieve, dice,

y de ira y cólera tiembla:

"Tan bueno soy como el Duque."

Yo con ira descompuesta

respondo: "Los escuderos,

aunque muy hidalgos sean,
no hacen comparación
con los príncipes; que es necia.
Desdecíos o le escribo
a don Alonso que venga
desde Flandes a mataros."
Aquí su mano soberbia...
Pero prosigan mis ojos
lo que no puede la lengua.
Déjame; que tantas veces
una afrenta se renueva
cuantas el que la recibe
a el que la ignora la cuenta.
Herrado traigo, María,
el rostro con cinco letras,
esclavo soy de la infamia,
cautivo soy de la afrenta.
El eco sonó en el alma;
que si es la cara la puerta,
han respondido los ojos,
viendo que llaman en ella.
Alcé el báculo... Dijeron
que lo alcancé... no lo creas;
que mienten a el afrentado,
pensando que le consuelan.
Prendióle allí la justicia,
y preso en la cárcel queda:
¡pluguiera a Dios que la mano
desde hoy estuviera presa!
¡Ay, hijo del alma mía!
¡Ay, Alonso! Si estuvieras
en Ronda... Pero ¿qué digo?
Mejor es que yo me pierda.
Salid, lágrimas, salid . . .
Mas no es posible que puedan
borrar afrentas del rostro,
porque son moldes de letras
que, aunque se aparta la mano,
quedan en el alma impresas.

Vase

LUISA:
Fuese.

MARÍA:

Déjame de suerte
que no pude responder.

LUISA:
Ve tras él; que puede ser
que intente darse la muerte,
viendo perdido su honor.

MARÍA:
Bien dices: seguirle quiero;
que no es menester acero
adonde sobre el valor.

Vanse. Salen Don DIEGO, FULGENCIO

FULGENCIO:
La razón es un espejo
de consejos y de avisos.

DIEGO:
En los casos improvisos
¿quién puede tomar consejo?

FULGENCIO:
Los años de don Bernardo
os ponen culpa, don Diego.

DIEGO:
Confieso que estuve ciego.

FULGENCIO:
Es don Alonso gallardo
y gran soldado.

DIEGO:
Ya es hecho,
y yo me sabré guardar.

FULGENCIO:
Un consejo os quiero dar
para asegurar el pecho.

DIEGO:
¿Cómo?

FULGENCIO:

Que dejéis a España
luego que salgáis de aquí.

DIEGO:
¿A España, Fulgencio?

FULGENCIO:
Sí;
porque será loca hazaña
que a don Alonso esperéis;
que, fuera de la razón
que él tiene en esta ocasión,
pocos amigos tendréis.
Toda Ronda os pone culpa.

DIEGO:
Claro está, soy desdichado...
Pues el haberme afrentado
era bastante disculpa.

FULGENCIO:
Mostraros la carta fue
yerro de un hombre mayor.

DIEGO:
En los lances del honor
¿quién hay que seguro esté?

FULGENCIO:
El tiempo suele curar
las cosas irremediables.

El ALCAIDE de la Cárcel, con barba y bastón.
DICHOS)

ALCAIDE:
Una mujer está aquí
que quiere hablaros.

DIEGO:
Dejadme,
Fulgencio, si sois servido.

FULGENCIO:
A veros vendré a la tarde.

Vase

ALCAIDE:

Llegó a la puerta cubierta;
pedíle que se destape,
y dijo que no quería.
Parecióme de buen talle
y cosa segura; en fin,
gustó de que la acompañe
a vuestro aposento.

DIEGO:

Que entre
la decid, y perdonadme;
que es persona principal,
si es quien pienso.

ALCAIDE:

En casos tales
se muestra el amor.

Vase. Dentro

(Entrad.)

Sale Doña MARÍA, cubierta con su
manto

DIEGO:

¡Sola, mi señora, a hablarme,
y en parte tan desigual
de vuestra persona y traje!

MARÍA:

Dan ocasión los sucesos
para desatinos tales.

DIEGO: Descubríos, por mi vida,
advirtiéndome que no hay nadie
que aquí pueda conoceros.

[Descúbrese doña María.]

MARÍA:

Yo soy.

DIEGO:

Pues, ¡vos en la cárcel!

MARÍA:

El amor que me debéis
desta manera me trae;
que, agradecida del vuestro,
me fuerza a que me declare.
A pedir os perdón vengo
y a que no pase adelante
este rigor, pues el medio
de hacer estas amistades
es el casarnos los dos;
que cuando a saber alcance
don Alonso que soy vuestra,
no tendrá de qué quejarse.
Con esto venganzas cesan,
que suelen en las ciudades
engendrar bandos, de quien
tan tristes sucesos nacen.
Vos quedaréis con la honra
que es justo y que Ronda sabe,
satisfecho el señor Duque,
desenajado mi padre,
y yo con tan buen marido
que pueda mi casa honrarse
y don Alonso mi hermano.

DIEGO:

¿Quién pudiera sino un ángel,
señora doña María,
hacer tan presto las paces?
Vuestro gran entendimiento
y divino en esta parte,
ha dado el mejor remedio
que pudiera imaginarse.
No le había más seguro,
y sobre seguro, fácil,
para que todos quedemos
honrados cuando me case.
No será mucha licencia
que a el altar dichoso abrace,
sagrado de mis deseos,
donde está Amor por imagen,
pues ya decís que sois mía.

MARÍA:

Quien supo determinarse
a ser vuestra, no habrá cosa
que a vuestro gusto dilate.
Confirmaré lo que digo
con los brazos. --Muere, infame.

Al abrazarle, saca una daga y dale con ella

DIEGO:
¡Jesús! ¡Muerto soy! ¡Traición!

MARÍA:
¿En canas tan venerables
pusiste la mano, perro?
Pues estas hazañas hacen
las mujeres varoniles.
Yo salgo. ¡Cielo, ayudadme!

Vase. Sale FULGENCIO

FULGENCIO:
Páreceme que he sentido
una voz, y que salió
esta mujer que aquí entró
(que no sin sospecha ha sido)
más turbada y descompuesta
que piden casos de amor.
No fue vano mi temor.
¡Don Diego!... ¿Qué sangre es ésta?

DIEGO:
Matóme doña María,
la hija de don Bernardo.

FULGENCIO:
¡Alcaide! ¡Gente! ¿Qué aguardo?
(Mas cosa injusta sería Aparte
ocasionar su prisión.
Esperar que salga quiero;
que esto ya es hecho.)

DIEGO:
Yo muero
con razón, aunque a traición.
Muy justa venganza ha sido,
por fiarme de mujer.

Mas no la dejéis prender.

FULGENCIO:

Yo pienso que habrá salido.
Pero ¿por qué no queréis
que la prendan?

DIEGO:

Ha vengado
las canas de un padre honrado.
Esto en viéndole diréis...
Y que yo soy, cuanto a mí,
su yerno, pues se casó
conmigo, aunque me mató
cuando los brazos le di.
Con esto vuelvo a su fama
lo que afrentarla pudiera.

FULGENCIO:

Toda la cárcel se altera.
Quiero buscar esta dama.

Se lleva a don DIEGO. Salen el CONDE y don
JUAN

CONDE:

¡Hermosa viuda, don Juan!
No he visto cosa más bella.

JUAN:

Con razón, Conde, por ella
esos desmayos os dan.

CONDE:

¿Hay tal gracia de monjil?
Que es de azabache, repara,
imagen, menos la cara
y manos, que son marfil.

JUAN:

Vos tenéis un gran sujeto
para versos.

CONDE:

No he pensado
meterme en ese cuidado;

que pienso andar más discreto.

JUAN:
¿Cómo?

CONDE:
Remitirme a el oro,
que es excelente poeta.

JUAN:
Dicen que es rica y discreta:
guardadle más el decoro.

CONDE:
¿Fue vuestro criado allá?

JUAN:
Con una criada habló,
y a estas horas pienso yo
que bien informado está.

CONDE:
Mejor entre sus iguales
suele hablar más libremente
este género de gente.

Sale MARTÍN

JUAN:
¿Qué hay, Martín? Contento sales.

MARTÍN:
Servir a el Conde deseo.

CONDE:
Yo estimo tu buen amor.

MARTÍN:
Hablé con la tal Leonor,
como si fuera en mi empleo,
estando en larga oración
la retórica lacaya,
y ella, a manera de maya,
serena toda facción.
Díjela que me tenía
sin alma Leonor la bella;

que hacía un mes que la huella
de sus chinelas seguía;
y que bailando en el río
de la castañeta al son,
me entró por el corazón
y por toda el alma el brío.
Cuando ya la tuve tierna,
pregunté la condición
de su ama, y la razón
de estado que la gobierna.
Dijo que era principal,
con deudos de gran valor,
y que tenía su honor,
desde que enviudó, cabal.
Que era rica y entendida,
y no de su casa escasa,
si bien no entraba en su casa
ni aun sombra de alma nacida.
Que al parecer recatada
era todo su cuidado,
y díjome que había estado
sólo dos meses casada;
porque su noble marido,
de enamorado, murió.

CONDE:

No envidio la muerte yo,
la causa sí.

JUAN:

Necio ha sido,
pues tanto tiempo tenía.

MARTÍN:

Poca edad y mucho amor,
toda la vida, señor,
remiten a solo un día.

CONDE:

¿Cómo trae tan pequeñas
tocas?

JUAN:

Más hermosa está.

MARTÍN:

Porque las largas son ya
para beatas y dueñas.
Y las cortas en la corte
no se traen sin ocasión.

CONDE:

¿Qué ocasión dará razón
que para disculpa importe?

MARTÍN:

Muriósele a una casada
su marido, y no quedó
muy triste, pues le envolvió
como si fuera pescada,
en un pedazo de anjeo;
y sin que cumplierse manda,
con largas tocas de holanda
salió vertiendo poleo
en un reverendo coche.
Pero el muerto, mal contento,
del sepulcro a su aposento
se trasladó aquella noche,
y díjole "¡Vos, Holanda,
y yo anjeo, picarona!
¿No mereció mi persona
una sábana más blanda?"
Esto diciendo, el difunto
en las tocas se envolvió
y el anjeo le dejó:
ocasión desde aquel punto
con que sin tocas las veo;
y cuerdo temor ha sido,
porque no vuelva el marido
a dejarles el anjeo.

CONDE:

Cuanto la licencia alargas,
la obligación disimulas.

MARTÍN:

Señor, en dueñas y en mulas
están bien las tocas largas.

CONDE:

Mucha honestidad promete,
y es decoro justo y santo.

MARTÍN:

Una viuda con un manto
es obispo con roquete.
Fuera de esto, aquel estar
siempre en una misma acción
no mueve la inclinación
que el traje suele obligar.
Ver siempre de una manera
a una mujer es cansarse.

CONDE:

Pues ¿puede el rostro mudarse?

MARTÍN:

Pues ¿no se muda y altera,
mudando el traje, el semblante?

JUAN:

Conde, Martín dice bien;
porque el variar tan bien
da novedad a el amante.

MARTÍN:

De mi condición advierte
que me pudren las pinturas,
porque siempre las figuras
están de una misma suerte.
¿Qué es ver levantar la espada
en una tapicería
a un hombre, que en todo el día
no ha dado una cuchillada?
¿Qué es ver a Susana estar
entre dos viejos desnuda,
y que ninguno se muda
a defender ni a forzar?
Linda cosa es la mudanza
del traje.

CONDE:

La viuda, en fin,
¿es conversable, Martín?

MARTÍN:

No me quitó la esperanza,
si entráis con algún enredo;

que dice que da lugar
que la puedan visitar.

CONDE:

Yo le buscaré, si puedo.

JUAN:

Como visto no te hubiera,
fácil remedio se hallara.

CONDE:

Si en que me ha visto repara,
fingirme enojarla fuera.
Llama; que yo he prevenido
con que me pueda creer.

JUAN:

No lo echemos a perder.

CONDE:

No puedo estar más perdido.

Vanse. El CONDE, don JUAN, MARTÍN

MARTÍN:

Ya te ha visto: a verte sale.
No le has parecido mal.

CONDE:

¿Hay jazmín, rosa y cristal
que a la viudilla se iguale?

Salen doña ANA, de viuda, LEONOR y
JUANA

ANA:

Novedad me ha parecido;
Vueseñoría perdone.

CONDE:

No hay novedad que no abone
el deseo que he tenido
de serviros, si yo fuese,
para que no os cause enojos,
tan dichoso en vuestros ojos,
que serviros mereciese.

ANA:
Leonor, sillas.

A don JUAN

MARTÍN:
(No va mal,
pues piden sillas.)

A MARTÍN

JUAN:
(Martín,
la viudilla es serafín
de perlas y de coral.)

MARTÍN:
(¿Agrádate a ti también?)

JUAN:
(A esa pregunta responde
que está enamorado el Conde,
y yo no.)

MARTÍN:
(Dices muy bien.)

ANA:
¿Quién es este caballero?

CONDE:
Mi primo don Juan.

ANA:
Señor,
perdonad.

JUAN:
No ha sido error.
Hablad; que estorbar no quiero.

ANA:
Vos no podéis estorbar,
ni aquí tendréis ocasión.

JUAN:
No lo mandéis.

ANA:
Es razón.

JUAN:
No me tengo de sentar.

ANA:
Ahora bien, yo no porfío.

JUAN:
Decísme que necio soy.

CONDE: Oídme.

ANA:
Oyéndoos estoy.

JUAN:
Por lo mismo me desvíó.

CONDE:
Señora, aunque os he mirado
mil veces sin conoceros,
antes que viniera a veros
tuve de veros cuidado.
Vuestro esposo, que Dios tiene,
era mi amigo: jugamos
una noche; comenzamos
por una rifa, que viene
a ser, como en los amores,
la tercera que conierta,
o a lo menos que dispierta
el gusto a los jugadores.
Perdió, picóse, sacó
unos escudos, y luego,
terciando mi primo el juego,
cuatro sortijas perdió.
Mas vamos a lo que importa.

ANA:
Esas sortijas eché
menos: pesadumbre fue
(tan mal amor se reporta)

porque vine a sospechar
que a alguna dama las dio.

A Martín

JUAN:
(Bien la mentira salió.)

MARTÍN:
(¿Hay cosa como atinar
las sortijas que faltaron?)

JUAN:
(Hay dichosos en mentir.)

MARTÍN:
(A cuantas supe decir,
con el hurto me pescaron.
No he mentido sin que luego
no se me echase de ver.)

CONDE:
Así se vino a encender
con esta pérdida el juego,
que perdió seis mil ducados
sobre palabra segura,
de que tengo una escritura.

ANA:
Más enredos y cuidados
que días vivió conmigo
don Sebastián me dejó.
¿Seis mil ducados?

CONDE:
Si yo
basto, que soy quien lo digo,
y los testigos presentes.

MARTÍN:
Al firmarla estuve allí
tan presente como aquí.

A Martín

JUAN:

(¡Con qué desvergüenza mientes!)

MARTÍN:

(¡Qué gracia! El buen mentidor
ha de ser, señor don Juan,
descarado a lo truhán,
y libre a lo historiador.)

ANA:

Pensé que vueseñoría
me venía hacer merced.

CONDE:

Que os he de servir creed;
que ésa fue la intención mía.
No os dé pena la escritura,
puesto que fue de mayor;
que no tiene mal fiador
la paga en vuestra hermosura.

A don JUAN

MARTÍN:

(¿Hay oficial de escritorios
que encaje el marfil así?)

JUAN:

(En amando, para mí
son los engaños notorios.)

MARTÍN:

(¿Amor se funda en engaños?)

JUAN:

(Primero que el amor fueron;
pues desde que ellos nacieron
el mundo cuenta sus daños.)

CONDE:

Si yo, señora, creyera
cobrar la deuda de vos,
sin conocernos los dos,
por otro estilo pudiera.
No vengo sino a ofrecer
cuanto tengo y cuanto soy,
con que pagado me voy,
y aun deudor de sólo veros.

Señora,
mi primo el Conde os adora.

ANA:
Id con Dios, señor don Juan;
que yerra el Conde en traeros.

JUAN:
¿Deacreditolo yo?

ANA:
Cuando el Conde me miró
me dio ocasión de quererlos.

JUAN:
Aunque deudos, nos preciamos
mucho más de ser amigos,
aunque envidias ni enemigos
no quieren que lo seamos.
Queredle bien; que merece,
señora, que lo queráis.

ANA:
Lo que por él negociáis
al Conde desfavorece.

JUAN:
Voy; que en la carroza aguarda.
Dad licencia que os visite,
y que yo lo solicite.

ANA:
Si vuelve con vos, ya tarda.

JUAN:
Tanto favor da a entender
que por él queréis honrarme.

ANA:
Por vos quiero yo obligarme
para que me vuelva a ver.

JUAN:
Todo se lo digo así.

ANA:

Yo os tengo por más discreto.

JUAN:
¿Volverá el Conde en efeto?

ANA:
No sin vos, y con vos sí.

Vanse don JUAN y MARTÍN

LEONOR:
Mucho le has favorecido,
para ser la vez primera.

ANA:
Cuando él me favoreciera,
mi favor lo hubiera sido;
mas no me quiso entender:
tomo la amistad del Conde.

JUANA:
Agora tibio responde.
Aun no ha llegado a querer.

(Para sí)

ANA:
(Necio pensamiento mío,
que en tal locura habéis dado,
volved atrás, afrentado
de ver tan necio desvío.
Yo, que de tanto me río,
¿ruego, pretendo, provoco?
Pensamiento, poco a poco,
no diga el honor que pierdo
que sois con desdenes cuerdo,
ya que quisistes ser loco.
Dieron los ojos en ver,
puesto que en lugar sagrado,
al hombre más recatado
de mirar y de entender;
mas, ya que ha venido a ser
provocado a desafío,
responde tan necio y frío,
que me pide que a otro quiera:
mirad ¿quién tal os dijera,

triste pensamiento mío?
En vano estoy descansando
con daros disculpa a vos;
mas tengámosla los dos,
vos amando y yo pensando;
porque de pensar amando
lo que puede resultar,
viene el alma a sospechar
lo que imaginó del ver;
porque no hubiera querer
si no hubiera imaginar.
Que no queráis os advierto
hombre tan fino y helado,
que por lo helado me ha dado
tristes memorias del muerto.
Pero si a cogerle acierto
con mirar y con rogar . . .
Guárdese, pues, de llegar;
que, agraviada una mujer,
quiere hasta que ve querer,
por vengarse en olvidar.)

Vanse. Sale el INDIANO y un MOZO de mulas

INDIANO:

Pasaremos de Adamuz
si este recado nos dan.

MOZO:

Por eso dice el refrán:
"Adamuz, pueblo sin luz."
Mas mira que desde aquí
comienza Sierra Morena.

INDIANO:

Tú las jornadas ordena;
eso no corre por mí.

Sale un MESONERO

MESONERO:

Bien venidos, caballeros.

INDIANO:

Pues, huésped, ¿qué hay que comer?

MESONERO:

Desde hoy a el amanecer
dos mozos, seis perdigueros
vienen con un perdigón,
de que estoy desesperado.

INDIANO:

Para mí basta.

MESONERO:

Ha llegado
a hurtaros la bendición
una mujer que le tiene.

INDIANO:

Y cuando yo le tuviera,
por ser mujer se le diera.
¿Viene sola?

MESONERO:

Sola viene.

INDIANO:

¡Sola! ¿De qué calidad?

MESONERO:

Pobre, y de brío gallarda;
porque en un rocín de albarda
(el término perdonad)
como un soldado venía.
Ella propria se apeó,
le ató y de comer le dio
con despejo y bizarría.
Volvíla a mirar y vi
que un arcabuz arrimaba.

INDIANO:

¿Que es tan brava?

MESONERO:

Aunque es tan brava,
os aseguro de mí
que más su cara temiera
que su arcabuz.

INDIANO:

¿Habéis sido
galán?

MESONERO:

Bien me han parecido.
Ya pasó la primavera,
y estamos en el estío:
así los años se van.

INDIANO:

¿Qué traje trae?

MESONERO:

Un gabán
que cubre el traje, no el brío;
un sombrero razonable...
Todo de poco valor;
al fin, parece, señor,
de buena suerte y afable,
menos aquel arcabuz.

INDIANO:

¿Es ésta?

MESONERO:

La misma es.

Sale doña MARÍA, con sombrero, gabán y un
arcabuz

MARÍA:

(Temerosa voy, después Aparte
que he entrado por Adamuz,
por ser camino real,
a que nunca me atreví;
si bien desde que salí,
ha sido el ánimo igual
al peligro que he tenido.
¡Ay padre, y cuánto dolor
me da el verte sin favor,
si no es que el Duque lo ha sido!
Suelen faltar los amigos
en la mejor ocasión;
Mas ¡ay! que tus años son
los mayores enemigos.
Los de mi hermano pudieran

suplir los tuyos, señor,
aunque no para tu honor
más que mis manos hicieran.
Yo cumplí su obligación;
mas defenderte no puedo,
por no acrecentar el miedo
de mi muerte o mi prisión.
Al fin, bien está lo hecho.
¿De qué me lamento en vano?
¡Traidor don Diego! ¡A un anciano
con una cruz en el pecho! . . .
Así para quien se atreve
a las edades ancianas;
que es atreverse a unas canas
violiar un templo de nieve.
Pero la mano piadosa
del cielo quiere que espante
a un Holofernes gigante
una Judit valerosa.)

INDIANO:

Como suelen los caminos
dar licencia a los que pasan
para entretener las horas,
que por ellos son tan largas,
a preguntaros me atrevo
si lo ha de ser la jornada,
o por ventura tenéis
cerca de aquí vuestra casa.

MARÍA:

No soy, señor, desta tierra.

INDIANO:

Como os vi sola, pensaba
que érades de alguna aldea
de aquesta fértil comarca.

MARÍA:

No, señor; que yo nací
de esa parte de Granada,
y a servir en ella vine;
que cuando los padres faltan
en tierna edad a los pobres,
no tienen otra esperanza.
No se cansó mi fortuna,

pues cuando contenta estaba
del buen dueño que tenía,
persona de órdenes sacras,
le llevó también la muerte,
que para mayor mudanza
me dio ocasión, como veis.

INDIANO:
Y ¿dónde vais?

MARÍA:
Siempre hablaba
esta persona que digo
con notables alabanzas
de la corte y de Madrid:
yo, pues, a quien ya faltaba
dueño, con algún deseo
que de ver grandeza tanta
nació con mi condición,
determiné de dar traza
de ir a servir a la corte.
Y una vez determinada,
lo que viviendo tenía
el buen cura (que Dios haya)
para su regalo y gusto,
arcabuz, rocín de caza
y este gabán, tomé luego,
y voy con notables ansias
de ver lo que alaban todos.

MOZO:
El camino de Granada
no es éste.

MARÍA:
Decís muy bien;
mas vine por ver si estaba
en Córdoba un deudo mío.

INDIANO:
¡Determinación extraña
de una mujer!

MARÍA:
Soy mujer.

INDIANO:

Decís muy bien, eso basta.
Yo voy también a Madrid:
traigo jornada más larga,
porque vengo de las Indias;
que pocas veces descansa
el ánimo de los hombres
aunque sobre el oro y plata.
Y si allá habéis de servir,
porque me dicen que tarda
el premio a las pretensiones
que la ocupación dilata,
casa tengo de poner:
si en el camino os agrada
mi trato, servidme a mí.

MARÍA:

El cielo por vos me ampara.
Desde hoy soy criada vuestra,
y creed que soy criada
que os excusaré de muchas.

MOZO:

(Convertirse quiere en ama.) Aparte

MARÍA:

No habrá cosa que no sepa.

MOZO:

Y yo salgo a la fianza;
que la buena habilidad
se le conoce en la cara.

INDIANO:

Hanme dicho que en la corte
hay ocasiones que gastan
inútilmente la hacienda,
y yo querría guardarla;
que cuesta mucho adquirirla.

MARÍA:

La familia es excusada
donde hay tanta confusión,
pues no se repara en nada.
Yo sola basto a serviros:
no habrá cosa que no haga,

de cuantas haciendas tiene
el gobierno de una casa.

INDIANO:

Pues partamos en comiendo,
y fiad de mí la paga.

MARÍA:

(¡Ay fortuna! ¿Dónde llevas
una mujer desdichada?
Pero no fueras fortuna
a saber en lo que paras.)

ACTO SEGUNDO

El CONDE, don JUAN

JUAN:

Compiten con sus virtudes
sus gracias y perfecciones.

CONDE:

¿Que tantas persecuciones,
visitas, solicitudes,
celos, desvelos, requiebros,
tengan por premio su olvido,
hasta verme convertido,
de Amadís, en Beltenebros?
No he visto tales aceros.

JUAN:

Conde, no habéis de cansaros;
que el estado de estimaros
ya es principio de quereros.

CONDE:

A los principios me estoy
a el cabo de tres semanas.
¿Adónde, esperanzas vanas,
con este imposible voy?

JUAN:

Todas son penas posibles,

pues que sin celos amáis.

CONDE:

¡Ay, ojos, celos me dais,
aunque celos invisibles!
Quéjase de amor doña Ana,
y a mí no me tiene amor:
esto es celos en rigor.

JUAN:

¿Por qué, si es sospecha vana?

CONDE:

Es celos lo que imagino;
que no es celos lo que sé:
cosa que pienso que fue,
y que en mi daño adivino.

Sale MARTÍN

MARTÍN:

Por poco tuviera calma
la nave de tu deseo.
Entro, y a doña Ana veo,
Venus de marfil con alma.
¿Cómo te podré pintar
de la suerte que la vi?
Cultas musas, dadme aquí
un ramo blanco de azahar
de las huertas de Valencia
o jardines de Sevilla.
Comience una zapatilla
de la Vera de Plasencia,
porque entremos por la basa
a esta coluna de nieve,
argentado azul, pie breve,
que de tres puntos no pasa.

CONDE:

¿Tres puntos? Necio, repara...

MARTÍN:

Pues lo digo, yo lo sé:
puntos son que de aquel pie
los tomara por la cara.

JUAN:
¿Cómo lo viste?

MARTÍN:
Un manteo
esta licencia me dio,
donde cuanto supo obró
la riqueza y el aseo.
Pero pidió los chapines
porque mirarla me vio,
y entre las cintas metió
cinco pares de jazmines.

JUAN:
De escarpines presumí,
según anda el algodón.

MARTÍN:
Ésos paragambas son;
que a cierta dama que vi
con cañafístolas tales,
que se pudiera, aunque bellas,
purgar su galán con ellas
por drogas medicinales,
pregunté si era importante
traer damas delicadas
las pantorrillas preñadas.
Y con risueño semblante
me dijo: "No es gentileza;
pero cosa no ha de haber
en una honrada mujer
que se note por flaqueza."

CONDE:
¡Linda disculpa!

JUAN:
Extremada.

MARTÍN:
La ropa de levantar,
con tanto fino alamar,
era una colcha bordada.
Finalmente, no quería
salir, por no verte así;
pero como yo la vi

que para ti se vestía,
por no estar siempre en el traje
de trágico embajador,
porfié, y saldrá, señor,
si la haces pleito homenaje
de sola conversación,
como quedó concertado.

CONDE:

¡Qué ejercicio tan cansado
para mi loca afición!

JUAN:

Música y versos quedaron
para esta noche de acuerdo.

CONDE:

En tenerme por tan cuerdo
muchos locos la engañaron.

Salen doña ANA, en hábito galán, JUANA y
MÚSICOS

ANA:

No dirá vueseñoría
que no le fían el talle.

CONDE:

Quien tan bien puede fialle,
agravio a los dos haría:
a vos por seguridad,
y a mí por justo deseo.
¡Gracias a Amor, que en vos veo
señas de más amistad!

ANA:

Siéntese vueseñoría;
que no le quiero galán
esta noche, que nos dan
la música y la poesía
los sugetos que han de hacer
un rato conversación.

CONDE:

Dice mi imaginación
que no quiere más de ver.

ANA:
Señor don Juan, ¿no os sentáis?

Al Conde

¡Qué esquivo primo tenéis!

JUAN:
La culpa que me ponéis
para disculpa me dais;
pero quiero obedeceros.

CONDE:
Canten, y hablemos yo y vos.

ANA:
Y los tres, porque los dos
no parezcamos groseros.

MÚSICOS:
¿De qué sirve, ojos serenos,
que no me miréis jamás?
De que yo padezca más,
y no de que os quiera menos.

ANA:
No me agrada que a los ojos
llamen serenos.

CONDE:
¿Por qué,
si el cielo, cuando se ve
libre de azules enojos,
se llama así?

ANA:
En una dama
no apruebo vuestro argumento,
si es el alma el movimiento
que a cuantos los miran llama
y si al cielo en su azul velo
la serenidad cuadró,
a el sol y a la luna no,
que son los ojos del cielo;
porque éstos siempre se mueven.

CONDE:
Perdonad a la canción
no ser de vuestra opinión:
tanto los versos se atreven.

JUAN:
Díganse a varios sugetos,
como quedó concertado.

ANA:
Comience el Conde.

CONDE:
He buscado
en vuestro loor seis concetos.
Oíd.

ANA:
No, por vida mía;
escritos me los daréis.

CONDE:
o sea, pues no queréis.

ANA:
Emplead vuestra poesía
adonde más partes haya.

CONDE:
Pues oíd, si sois servida,
un soneto a la venida
del inglés a Cádiz.

ANA:
Vaya.

CONDE:
Atrevióse el inglés, de engaño armado
porque al león de España vio en el nido,
las uñas en el ámbar, y vestido,
en vez de pieles, del tusón dorado.
Con débil caña, no con fresno herrado,
vio a Marte en forma de español Cupido
volar y herir en jinete, herido
del acicate en púrpura bañado.

Armó cien naves y emprendió la falda
de España asir por las arenas solas
del mar, cuyo cristal ciñe esmeralda;
mas viendo en las colunas españolas
la sombra del león, volvió la espalda
sembrando las banderas por las olas.

JUAN:

¡Levantó la pluma el vuelo!

ANA:

¡Gran soneto a toda ley!

JUAN:

¡Qué bien pinta a nuestro rey!

ANA:

Mejor le ha pintado el cielo.

MARTÍN:

¡Gran soneto!

CONDE:

No le he dado,
porque no estoy dél contento.
--Decid vos.

ANA:

¡Qué atrevimiento!
¿Donde vos habéis hablado?

JUAN:

Excusad tales excusas.

ANA:

¿Mas que os ha de causar risa?

CONDE:

Hablad, divina poetisa.

MARTÍN:

Silencio, que hablan las musas.

ANA:

Amaba Filis a quien no la amaba,
y a quien la amaba ingrata aborrecía;

hablaba a quien jamás le respondía,
sin responder jamás a quien la hablaba.
Seguía a quien huyendo la dejaba,
dejaba a quien amando la seguía;
por quien la despreciaba se perdía,
y a el perdido por ella despreciaba.
Concierta, Amor, si ya posible fuere,
desigualdad que tu poder infama:
muera quien vive, y vivirá quien muere.
Da hielo a hielo, Amor, y llama a llama,
porque pueda querer a quien la quiere
o pueda aborrecer a quien desama.

CONDE:

Vos os podéis alabar;
que nadie puede, señora.

ANA:

Hablará don Juan agora.

JUAN:

Dejádmele imaginar.
Una moza de cántaro y del río,
más limpia que la plata que en él lleva,
recién herrada de chinela nueva,
honor del devantal, reina del brío;
con manos de marfil, con señorío,
que no hay tan gran señor que se le atreva,
pues donde lava, dice Amor que nieva,
es alma ilustre al pensamiento mío.
Por estrella, por fe, por accidente,
viéndola henchir el cántaro, en despojos
rendí la vida a el brazo trasparente;
y, envidiosos del agua mis enojos,
dije: "¿Por qué la coges de la fuente,
si la tienes más cerca de mis ojos?"

ANA:

¡Malos versos!

JUAN:

No sé más.

ANA:

Un caballero discreto
¿escribe a tan vil sugeto?

No lo creyera jamás.

CONDE:

Tiene doña Ana razón.

JUAN:

Si hubiérades visto el brío
del nuevo sugeto mío,
la hermosura y discreción,
dijérades que tenía
tanta razón de querer,
que no supe encarecer
lo menos que merecía.

ANA:

Si es disfrazar vuestra dama,
como suelen los poetas,
por tratar cosas secretas
sin ofensa de su fama,
está bien; pero si no,
bajo pensamiento ha sido.

JUAN:

Ninguna cosa he fingido,
ni tengo la culpa yo;
porque no lejos de aquí
vive la hermosa Isabel,
por quien el amor crüel
hace estos lances en mí.
Sirve a un indiano, que viene
a la corte a pretender.
No sé qué puede querer
quien tanta riqueza tiene.

ANA:

¿A tal sugeto, tal fe?

JUAN:

La que me ha muerto y rendido
moza de cántaro ha sido,
moza de cántaro fue.
En él este amor bebí,
todo me abrasó con él;
ella fue sirena, y él
el mar en que me perdí.
Con él veneno me ha dado,

con él me mató.

ANA:

Si fuera
Martín quien eso dijera,
estuviera disculpado;
pero ¡un caballero, un hombre
como vos!...

JUAN:

No es elección
amor; diferentes son
los efectos de su nombre.
Es desde el cabello al pie
tan bizarra y aliñosa
que no es tan limpia la rosa,
por más que al alba lo esté.
Tiene un grave señorío
en medio desta humildad,
que aumenta su honestidad
y no deshace su brío.
Finalmente, yo no vi
dama que merezca amor
con más fe, con más rigor.

ANA:

Advertid que estoy yo aquí,
y toca en descortesía
tan necio encarecimiento.

JUAN:

Yo he dicho mi pensamiento
sin pensar que os ofendía.

CONDE:

No os levantéis. ¿Dónde vais?

ANA:

Corrida me voy.

JUAN:

¿Por qué?
Sin ofensa vuestra hablé.

ANA:

Si cosas bajas amáis,

no las igualéis conmigo.

Vanse doña ANA y JUANA

CONDE:

¡Por Dios, que tiene razón!

MARTÍN:

Cesó la conversación.

JUAN:

¿Porque lo que siento digo?

CONDE:

Decir que no visteis dama
como ella, ¿no ha sido error?

JUAN:

¿Error?

Sale JUANA

JUANA:

Conde, mi señor,
entrad: mi señora os llama.

A don JUAN

CONDE:

Ella me quiere decir
que no os traiga más conmigo.

JUAN:

Si lo tiene por castigo,
no apelo de no venir.

Vanse el CONDE y JUANA. A MARTÍN

Di a el Conde que a verla fui,
esa que a doña Ana enfada.

MARTÍN:

¿Tú quieres lo que te agrada?

JUAN:

Sí, Martín, mil veces sí.

MARTÍN:

Pues quiérela si la quieres;
que tal vez agrada un prado
más que un jardín cultivado,
y al fin todas son mujeres.

Vanse. Salen doña MARÍA, en hábito humilde y devantal, y el INDIANO, siguiéndola

MARÍA:

Advierta vuestra merced
que si esto adelante pasa,
no estoy un hora en su casa.

INDIANO:

(Pensamiento, detened Aparte
el paso; que hay honra aquí.)
Palabra, Isabel, te doy
que no seré desde hoy
importuno como fui.
Desprecia en fin tu belleza
y ese donaire apacible;
que ya sé que es imposible
mudar la naturaleza.

Vase

MARÍA:

Tiempos de mudanzas llenos
y de firmezas jamás,
que ya de menos a más,
y ya vais de más a menos.
¿Cómo en tan breve distancia,
para tanto desconsuelo,
habéis humillado a el suelo
mi soberbia y arrogancia?
El desprecio que tenía
de cuantas cosas miraba,
las galas que desechaba,
los papeles que rompía,
el no haber de quien pensase
que mi mano mereciese,
por servicios que me hiciese,
por años que me obligase:
toda aquella bizarría,

que como sueño pasó,
a tanta humildad llegó,
que por mí decir podría:

Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy;
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aun no soy.
Flores, que a la blanca aurora
con tal belleza salís
que soberbias competís
con el mismo sol que os dora,
toda la vida es un hora.
Como vosotras me vi,
tan arrogante salí;
sucedió la noche al día;
mirad la desdicha mía,
aprended, flores, de mí.
Maravilla ser solía
de toda la Andalucía,
o maravilla o María;
ya no soy la que era ayer.
Flores, no os deis a entender
que no seréis lo que soy,
pues hoy en estado estoy
que, si en ayer me contemplo,
conoceréis por mi ejemplo
lo que va de ayer a hoy.
No desvanezca al clavel
la púrpura, ni a el dorado
la corona, ni al morado
lirio el hilo de oro en él;
no te precies de crüel,
manutisa carmesí,
ni por el color turquí,
bárbara violeta, ignores
tu fin, contemplando, flores,
que ayer maravilla fui.
De esta loca bizzaría
quedaréis desengañadas
cuando con manos heladas
os cierre la noche fría.
Maravilla ser solía,
pero ya lástima doy;
que de extremo a extremo voy,
y desde ser a no ser,

pues sol me llamaba ayer
y hoy sombra mía aun no soy.

Sale don JUAN

JUAN:

Dicha he tenido, por Dios.
--Isabel, ¿adónde bueno?

MARÍA:

¿Adónde bueno, Isabel?
Adonde hallase un requiebro.
¿Pensáis que no tengo yo
mi poco de entendimiento?

JUAN:

Bien conozco que no ignoras
tanto: que a veces sospecho
que finges lo que no entiendes.

MARÍA:

Lo que no quiero no entiendo.
Pero, a la fe, que me admira
que un caballero tan cuerdo
y tan galán como vos
humille sus pensamientos
a una mujer como yo.
¿Sois pobre?

JUAN:

Pues ¿a qué efeto
me preguntas si soy pobre?

MARÍA:

Porque si os falta dinero
para pretensiones altas,
no tengo por mal acuerdo
requebrar lo que, a la cuenta
del entendimiento vuestro,
os costará zapatillas,
ligas, medias y un sombrero
para el río con su banda,
avantal de lienzo grueso,
chinelas ya sin virillas
(que solía en otro tiempo
en los pies de las mujeres

la plata barrer el suelo),
castañetas, cintas, tocas;
que para últimos empleos
de las damas, fondo en ángel,
no hay plata en el alto cerro
del Potosí, perlas ni oro
en los orientales reinos.
Más pienso que os costarían
las randas de un telarejo
que una legión de fregonas.

JUAN:

No juzgaras mis deseos
por el camino que dices,
si te dijera el espejo
el despejo de tu talle.

MARÍA:

¿Espejo y despejo? ¡Bueno!
Ya con cuidado me habláis,
porque en efeto os parezco
mujer que os puedo entender.
Pues yo os prometo que puedo,
pero el estar enseñada
a oír vocablos groseros
de un indiano miserable:
"Ve por esto; vuelve presto.
Esto guisa, aquello deja.
¿Limpiaste aquel ferreruelo?
Ve por nieve, trae carbón,
esto está sin sal, aquello
sin agrio, llama a ese esclavo,
éste lava, y dame un lienzo,
¿cómo gastas tanta azúcar?
Para madrugar me acuesto,
despiértame de mañana,
pon la mesa, luego vuelvo"
y otras cosas de este porte
me han quitado el sentimiento
de otras razones más grandes,
no porque no las entiendo.
En efeto ¿qué queréis?

JUAN:

Que me quieras en efeto.

MARÍA:

¡Bien aforrada razón,
y bien dicha para presto!
Bien digo yo que pensáis
que a mi corto entendimiento
importan resoluciones,
atajos y no rodeos.
Pues levantad el lenguaje;
que, como dicen los negros,
el ánimo tengo blanca,
aunque mal vestido el cuerpo.
Habladme como quien sois.

JUAN:

Yo, Isabel, así lo creo,
porque, pensando en tu oficio,
tal vez el respeto pierdo;
pero en mirando a tu cara
vuelvo a tenerte respeto.
Mas no te debe enojar
que te diga mi deseo;
que sólo son por el fin
todos los actos perfectos.
¿Qué dirás deste lenguaje?

MARÍA:

Que, aunque es el término honesto,
no me agrada la intención
de la suerte que la entiendo.
Conmigo (a lo que imagino)
tomáis la espada a lo diestro.
Tiré, desviasteis, huí;
y, acometiéndome al pecho,
herida de conclusión
formó vuestro pensamiento.
Pues no, mi señor, por vida
de los dos, porque no quiero
que, asiendo la guarnición,
engañéis mi honesto celo.
Esténse quedas las manos,
y aun los pensamientos quedos;
que no seremos amigos
en no siendo el trato honesto.

JUAN:

Como das, Isabel mía,

(¿mía dije? ¡ay Dios! que miento)
en pensar que por ser pobre
te busco, te sigo y ruego,
dilatás a mis verdades
el justo agradecimiento.
Pues yo te juro, Isabel,
que por quererte, desprecio
la más hermosa mujer,
donaire y entendimiento
que tiene aqueste lugar;
porque más estimo y precio
un listón de tus chinelas
que las perlas de su cuello.
Más precio en tus blancas manos
ver aquel cántaro puesto,
a la fuente del Olvido
pedirle cristal deshecho;
y ver que a tu dulce risa
desciende el agua riyendo,
envidiosa la que cae
de fuera a la que entra dentro;
y ver cómo se da prisa
el agua a henchirle de presto,
por ir contigo a tu casa,
en tus brazos o en tus pechos,
que ver cómo cierta dama
baja en su coche soberbio,
asiendo verdes cortinas
por dar diamantes los dedos,
o asoma por el estribo
los rizos de los cabellos
en las uñas de un descanso,
que a tantos sirvió de anzuelo.
Yo me contento que digas,
dulce Isabel: "Yo te quiero";
que también quiero yo el alma;
no todo el amor es cuerpo.
¿Qué respondes, ojos míos?

MARÍA:

A ojos míos yo no puedo
responder ninguna cosa,
porque decís que son vuestros.
A lo de la voluntad,
pienso que licencia tengo;
Y así, pues alma queréis,

digo (porque os vais con esto)
que el primer hombre sois vos
a quien amor agradezco.

JUAN:
¿No más, Isabel?

MARÍA:
¿Es poco?
Pues vaya por contrapeso
que no me desagradáis.

JUAN:
¿No más, Isabel?

MARÍA:
¿Qué es esto?
Conténtese, o quitaréle
lo que le he dado primero.

JUAN:
¿Podré tomarte una mano?
Aunque por Dios que la temo
después que la vi tan diestra
esgrimir el blanco acero.

MARÍA:
Pues vos no me conocéis:
por Dios, que algún hombre he muerto
aquí donde me miráis.

JUAN:
Con los ojos, yo lo creo.

MARÍA:
Idos; que viene mi amo.

JUAN:
¿Dónde esta tarde te espero?

MARÍA:
En la fuente, a lo lacayo.

JUAN:
Logre tu donaire el cielo.

Vase. Sale Leonor

LEONOR:

Isabel...

MARÍA:

Leonor amiga...

LEONOR:

¿Con éste hablabas?

MARÍA:

¿Pues bien?

LEONOR:

¿Qué se hizo tu desdén?

MARÍA:

Un amor honesto obliga.

Y te aseguro de mí

que es mucho tenelle amor.

LEONOR:

Su talle, ingenio y valor

habrán hecho riza en ti.

Que lo merece confieso;

pero en la desigualdad

no puede haber amistad.

MARÍA:

Los elementos por eso

no tienen paz y sosiego:

el agua a la tierra oprime,

el aire a el agua, y reprime

la fuerza del aire el fuego.

Mas como él me quiere a mí

no más de para querer,

¿qué pierdo en corresponder?

LEONOR:

Mucho.

MARÍA:

¿Cómo?

LEONOR:

Mucho.

MARÍA:

Di.

LEONOR:

Adora mi ama en él.

MARÍA:

¿Quién te lo ha dicho?

LEONOR:

Yo y Juana

lo vemos, y a ella con gana
de casamiento, Isabel.

Por eso, si no envidaste,
descarta y quédate en dos.

MARÍA:

¿Sábeslo bien?

LEONOR:

Sí, por Dios.

MARÍA:

Tarde, Leonor, me avisaste;
no porque pueda alabarse
del más mínimo favor,
sino por tenerle amor,
que no es fácil de olvidarse.
Necia fui en imaginar
que un don Juan tan entonado
para mí estaba guardado.

LEONOR:

Un hombre te quiero dar
compañero de otro mío,
bravo, pero no crüel,
que puede ser, Isabel,
de cuantas profesan brío.
No pone codo en la puente
hombre de tales aceros,
ni han visto los lavaderos
más alentado valiente.
Ama en tu misma región.
¿Quién te mete con don Juanes?

MARÍA:

Tu ama ¿trata en galanes?

LEONOR:

De honesta conversación
de un conde que la visita,
le nacieron los antojos.

MARÍA:

¡Quién la ve tan baja de ojos
a la señora viudita!

LEONOR:

Hermana, enviudó ha dos meses;
viénele grande la cama.

MARÍA:

Y en fin ¿le quiere tu ama?

LEONOR:

Como si juntos los vieses.

MARÍA:

Ve por el cántaro, y vamos
al Prado.

LEONOR:

A Pedro verás;
que se quedan siempre atrás
él y Martín de sus amos.

Vase

MARÍA:

A mis graves desconsuelos
sólo faltaba este amor,
a este amor este rigor,
a este rigor estos celos.
¿No me bastaba tener,
para no ser conocida,
este género de vida,
sino a quien quieren querer?
Pero andar en competencia
moza de cántaro, en fin,
cristalino serafín,

con vos será impertinencia.
Mejor es ser lo que soy,
pues que no soy lo que fui:
Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy.

Vase. Salen MARTÍN y PEDRO

Vase. Salen MARTÍN y PEDRO

PEDRO:

¿Y que tiene tan buen talle?

MARTÍN:

Esto me dijo Leonor,
y que es la moza mejor
que tiene toda la calle.
Es una perla, un asombro;
rinden parias a su brío
cuantas llevan ropa a el río
y llevan cántaro en hombro.
Es mujer que este don Juan,
primo del Conde mi dueño,
pierde por hablarla el sueño;
desmayos de amor le dan.
De la suerte la pasea
que a la dama de más partes;
pero en estos Durandartes
poco el pensamiento emplea.
De noche la viene a ver,
y anda el pobre caballero,
de su cántaro escudero,
sin dormir y sin comer.
Sirve a un caballero indiano
tan cuitado, que consiente
que vaya y venga a la fuente;
puesto que le culpo en vano,
porque pienso que ella gusta
de salir, por ver y hablar
(que a mozas deste lugar
mucho el no salir disgusta),
a jabonar y a lavar
a los pilares, a el río.

PEDRO:

En fin, es moza de brío,

y que puede descuidar
de camisas y valonas
a un hombre de mi talante.

MARTÍN:

Lleva, en saliendo, delante
más pretendientes personas
que un oidor o presidente.

PEDRO:

Si yo la moza poseo,
luego habrá despolvoreo
de todo amor pretendiente:
a ellos de cuchilladas
y a ella de muchas coces.
Ya mi cólera conoces.

MARTÍN:

No la has visto ¿y ya te enfadas?

PEDRO:

Gente de un coche se apea.

MARTÍN:

Con ellos viene don Juan.

PEDRO:

¡Por vida del alazán,
que no es la viudilla fea!

Salen doña ANA, JUANA, don JUAN

JUAN:

Por el coche os conocí,
y luego al Conde avisé,
que en la carroza dejé
harto envidioso de mí.
Vine a ver lo que mandáis;
que apearos no habrá sido
sin causa.

ANA:

Causa he tenido;
que siempre vos me la dais.
Quiero venir a la fuente,
porque sé que es el lugar

adonde os tengo de hallar,
y donde sois pretendiente.

JUAN:
¡Buen oficio me habéis dado!
O de bestia o de aguador.

ANA:
Conociendo vuestro humor,
señor don Juan, he pensado
venir por agua también.
--Muestra ese búcaro, Juana.

JUAN:
Dado habéis esta mañana
filos, señora, al desdén.

ANA:
Deseando enamoraros,
moza de cántaro soy,
por agua a la fuente voy.

JUAN:
Teneos...

ANA:
Quiero agradecerlos.

JUAN:
Es el cántaro pequeño;
templará poco el rigor
a los enfermos de amor.

Salen doña MARÍA y LEONOR, con sus cántaros.
A LEONOR

MARÍA:
Esto me dijo mi dueño;
que en el patio de palacio,
archivo de novedades,
ya mentiras, ya verdades,
como pasean de espacio,
lo contaba mucha gente.

LEONOR:
Y ¿que esa mujer mató

a el que a su padre afrentó?
¡Bravo corazón!

MARÍA:
Valiente.
Dijo que había pedido
la parte pesquisidor,
y que a el Rey nuestro señor
(cuya vida al cielo pido)
consultaron este caso,
y que no quiso que fuese
quien pesadumbre le diese.

LEONOR:
No fue la piedad acaso,
si el padre estaba inocente.
¿Y nunca más pareció
esa dama que mató
a el caballero insolente?

MARÍA:
De eso no me dijo nada.
Yo estoy contenta de ver
(que en efeto soy mujer)
que la hubiese tan honrada.

LEONOR:
¿Dijo el nombre que tenía?
Que me alegra a mí también.

MARÍA:
No sé si me acuerdo bien...
Aunque sí: doña María.

MARTÍN:
Aquí están dos escuderos
para las dos.

LEONOR:
Isabel,
este mozazo es aquel
que te dije.

MARÍA:
¡Oh, caballeros!...

A Pedro

MARTÍN:

(Llega, no estés vergonzoso;
llega y habla.)

PEDRO:

(Estoy mirando
a Isabel, y contemplando
su talle y su rostro hermoso.)
Téngame vuesamerced
por suyo desde esta tarde.

MARÍA:

(¡Qué buen hombrón!) Aparte
Dios le guarde.

PEDRO:

(Cayó la daifa en la red. Aparte
Ya está perdida por mí.)

MARÍA:

(Con pocos de éstos pudiera Aparte
conducir una galera
a la China, desde aquí,
don Fadrique de Toledo.)

PEDRO:

Pido mano, doy turrón.

MARÍA:

¿Mas que lleva un mojicón,
hombrón, si no se está quedo?

PEDRO:

¡Por el agua de la mar,
que tiene valor la hembra!

MARÍA:

Pues no sabe dónde siembra.

PEDRO:

(Al primer encuentro azar.) Aparte
¡Voto a tus ojos serenos,
Isabel, porque te asombres,
que me mate con mil hombres,

y esto será lo de menos!
Ablándate, serafín.

MARÍA:
Déjeme, no me zabuque.

PEDRO:
Aquí en la esquina del Duque
hay turrón. --Vamos, Martín.

MARTÍN:
Vamos, y gasta; que luego
estará como algodón.

PEDRO:
Sí, mas ¡coz y mordiscón!...
Parece rocín gallego.

Vanse MARTÍN y PEDRO

ANA:
Quedo, no os pongáis delante;
que ya he visto por las señas
que es aquélla vuestra dama.

JUANA:
Pues Leonor viene con ella,
¿quién duda que es Isabel?
Fuera de que no tuviera
ninguna aquel talle y brío.

ANA:
Disculpa tiene en quererla
el señor don Juan.

JUANA:
La moza
en otro traje pudiera
hacer a cualquiera dama
pesadumbre y competencia.

JUAN:
¿Es todo por darme vaya?

ANA:
Quisiérala ver más cerca.

Dígale vuesamerced
que está aquí una dama enferma
que se le antoja beber
por la cantarilla nueva;
que no irá de mala gana.

JUAN:
Sólo por serviros fuera.

MARÍA:
¡Ay, Leonor!

LEONOR:
¿Qué?

MARÍA:
Tu señora
y aquél mi galán con ella.

LEONOR:
Parece que te has turbado.

MARÍA:
Por poco se me cayera
el cántaro de las manos.

A MARÍA

JUAN:
Aquella señora os ruega
que la deis un poco de agua.

MARÍA:
De buena gana la diera
a ella el agua, y a vos
con el cántaro.

JUAN:
No seas
necia.

MARÍA:
Llevádsela vos,
y de vuestra mano beba.

JUAN:

Mira que en público estamos,
y las mujeres discretas
no hacen cosas indignas.

MARÍA:
Iré porque nadie entienda
que me da celos a mí.

Llégase a doña Ana

--Vuesamerced beba, y crea
que quisiera que este barro
fuera cristal de Venecia;
pero serálo en tocando
esas manos y esas perlas.

ANA:
Beberé, porque he caído.

MARÍA:
Si el agua el susto sosiega,
beba; que todos caeremos,
si no en el daño, en la cuenta.

ANA:
Yo he bebido.

MARÍA:
Y yo también.

ANA:
(Yo pesares.) Aparte

MARÍA:
(Yo sospechas.) Aparte

ANA:
¡Qué caliente!

MARÍA:
Vuestras manos
de nieve servir pudieran.

ANA:
Haz que llegue el coche.

A Juana

JUANA:
¡Ah, Hernando!

ANA:
¡Buena moza!

MARÍA:
Buena sea
su vida.

Vanse doña ANA y JUANA

MARÍA:
¿No la acompaña?
¡Mal galán! ¿Así se queda?

JUAN:
A darte satisfacciones.

MARÍA:
Estoy yo tan satisfecha
que será gastar palabras.

JUAN:
Mira, Isabel, que esto es fuerza,
y que bien sabe Leonor
(dejo aparte mi fineza)
que el Conde sirve a doña Ana.

MARÍA:
Cántaro, tened paciencia;
vais y venís a la fuente:
quien va y viene siempre a ella
¿de qué se espanta, si el asa
o la frente se le quiebra?
Sois barro, no hay que fiar.
Mas ¿quién, cántaro, os dijera
que no os volviérades plata
en tal boca, en tales perlas?
Pero lo que es barro humilde,
en fin, por barro se queda.
No volváis más a la fuente,
porque estoy segura y cierta
que no es bien que vos hagáis

a los coches competencia.

JUAN:

¿Qué dices? Mira, Isabel,
que sin culpa me condenas.

MARÍA:

Yo con mi cántaro hablo;
si es mío ¿de qué se queja?
Váyase vuesamerced,
mire que el coche se aleja.

JUAN:

Iréme desesperado,
pues haces cosas como éstas,
sabiendo que Leonor sabe
que no es posible que quiera
eso de que tienes celos.

Vase

LEONOR:

Necia estás. ¿Por qué le dejas
que se vaya con disgusto?

MARÍA:

Leonor, el alma me lleva;
que los celos me han picado.
Pero no seré yo necia
en querer desigualdades,
aunque me abraze y me muera.
No he de ver más a don Juan.
¡Esto faltaba a mis penas!

LEONOR:

¡Buen lance habemos echado!
Tú desesperada quedas,
y mi ama va perdida.

Salen PEDRO y MARTÍN

PEDRO:

Como dos soldados juegan:
perdí el turrón y el dinero.

MARTÍN:

Cosas la corte sustenta,
que no sé cómo es posible.
¡Quién ve tantas diferencias
de personas y de oficios,
vendiendo cosas diversas!
Bolos, bolillos, bizcochos,
turrón, castañas, muñecas,
bocados de mermelada,
letüarios y conservas,
mil figurillas de azúcar,
flores, rosarios, rosetas,
rosquillas y mazapanes,
aguardiente, y de canela,
calendarios, relaciones,
pronósticos, obras nuevas,
y a Don Álvaro de Luna,
mantenedor destas fiestas.
Mas quedo; que están aquí.

PEDRO:

¡Oigan! ¿De qué es la tristeza?
¿No estaba alegre esta moza?
¡Qué pensativas están!

MARTÍN:

Pienso que andaba don Juan
acechando una carroza.

PEDRO:

Quien te me enojó, Isabel,
que con lágrimas lo pene:
hágote voto solene
que pueden doblar por él.
Vuelve, Isabel, esos ojos;
que no soy yo por lo menos
quien a tus ojos serenos
quitó luz y puso enojos.
¿Quién tan bárbar[o] y crüel,
a tu hermosura atrevido,
causa de tu enojo ha sido?
¿Quién te me enojó, Isabel?
No es posible que tuviese
noticia de mi rigor,
sin que luego de temor
súbitamente muriese.
Quien te enojó, ¿vida tiene?

¿Que donde estoy vivo esté?
Dime quién es; que yo haré
que con lágrimas lo pene.
Dime cómo y de qué suerte
que le mate se te antoja,
porque en sacando la hoja
soy guadaña de la muerte.
Si el Cid a su lado viene,
gigote de hombres haré,
y de que lo cumpliré
hágote voto solene.
Si yo me enojo en Madrid
con quien a ti te ha enojado,
haz cuenta que se ha tocado
la tumba en Valladolid.
Porque en diciendo, Isabel,
que he de matalle, está muerto.
No hay que esperar, porque es cierto
que pueden doblar por él.

MARÍA:
Ven, Leonor; vamos a casa.

LEONOR:
Triste vas.

MARÍA:
Perdida estoy.

PEDRO:
¿Así se va?

MARÍA:
Así me voy.

PEDRO:
Pues cuénteme lo que pasa.

MARÍA:
No quiero.

PEDRO:
Tendréla.

MARÍA:
Tome.

PEDRO:
¡Ay!

MARTÍN:
¿Qué fue?

PEDRO:
Tamborilada.

LEONOR:
Dístele, Isabel?

MARÍA:
No es nada.
Pregúntale si le come.

ACTO TERCERO

PEDRO, BERNAL, MARTÍN y LORENZO,
dentro

PEDRO:
¡Fuera digo! No haya más.

LORENZO:
¡Ay, que me ha descalabrado!

MARTÍN:
Con el cántaro le ha dado.

BERNAL:
¡Lavado, Lorenzo, vas!

LORENZO:
Esto ¿se puede sufrir?

PEDRO:
Llévale a curar, Bernal.

LORENZO:
¡Vive Cristo, que la tal!...

Salen

MARTÍN:

No lo acabes de decir.

PEDRO:

No queda lacayo en ser
donde esta mujer está.

MARTÍN:

Bravas bofetadas da.

PEDRO:

Dos mozas azotó ayer.

BERNAL:

¡Ea, ea! Que no es nada.

Salen doña MARÍA y LEONOR

MARÍA:

¡Pícaro! ¿Pellizco a mí?
¡Fuera, digo!

LEONOR:

¿Estás en ti?

LORENZO:

¿A mí, Isabel, cantarada?
¡Voto a el hijo de la mar!

MARÍA:

Llegue el lacayo gallina.

PEDRO:

Daga trae en la pretina.

MARÍA:

Y aun enseñada a matar.
Llegue el barbado, y daréle
dos mohadas a la usanza
de mi tierra, por la panza,
y hará el puñal lo que suele.

LORENZO:

¡Mataréla!

PEDRO:
Estoy aquí
a pagar de mi dinero.

LORENZO:
Pues con él haberlas quiero,
aunque es mujer para mí.

PEDRO:
¡Miente!

LORENZO:
Véngase conmigo.

Vanse los hombres

LEONOR:
¡Buenos van, desafiados!

MARÍA:
¡Qué diferentes cuidados
me da, Leonor, mi enemigo!

LEONOR:
¿No le has visto más?

MARÍA:
Ayer.

LEONOR:
Alegre quisiera hallarte,
porque te alcanzara parte
de mi contento y placer.
Ya Martín se determina,
y nos queremos casar:
mira que nos has de honrar,
y que has de ser la madrina.

MARÍA:
Estoy desacomodada
del indiano; que si no,
yo lo hiciera: aquí me dio
su casa una amiga honrada,
donde de prestado estoy.

LEONOR:

Mi señora te dará
vestidos; vamos allá;
que pienso que ha de ser hoy.

MARÍA:

Tendré vergüenza de vella.

LEONOR:

Anda; que te quiere bien,
y sé que tiene también
gusto de que hables con ella.

MARÍA:

Vamos, y de aquí a tu casa
te diré lo que pasó
en el río.

LEONOR:

No fui yo;
que mujer que ya se casa
ha de mostrar más recato
del que solía tener.

MARÍA:

Es achaque; voy por ver
aquel caballero ingrato.
Fuimos Teresa, Juana y Catalina,
el sábado, Leonor, a Manzanares:
si bien yo melancólica y mohina
de darme este don Juan tantos pesares.
De tu dueño las partes imagina;
que cuando en su valor, Leonor, repares,
presumirás, pues no me he vuelto loca,
que soy muy necia o mi afición es poca.
Tomé el jabón con tanto desvarío
para lavar de un bárbaro despojos,
que hasta los paños me llevaba el río,
mayor con la creciente de mis ojos.
Cantaban otras con alegre brío,
y yo, Leonor, lloraba mis enojos:
lavaba con lo mismo que lloraba
y el aire de suspiros lo enjugaba.
Bajaba el sol al agua trasparente,
y, el claro rostro en púrpura bañado,
las nubes ilustraba de occidente

de aquel vario color tornasolado,
cuando, despierta ya del accidente,
saqué la ropa, y de uno y otro lado,
asiendo los extremos, la torcimos,
y a entapizar los tendedores fuimos.
Quedando, pues, por los menudos ganchos
las camisas y sábanas tendidas,
salieron cuatro mozas de sus ranchos,
en tod[a] la ribera conocidas;
luego, de angostos pies y de hombros anchos,
bigotes altos, perdonando vidas,
cuatro mozos: no hablé, que fuera mengua,
estando triste el alma, hablar la lengua.
Tocó, Leonor, Juanilla el instrumento
que con cuadrada forma en poco pino
despide alegre cuanto humilde acento,
cubierto de templado pergamino;
a cuyo son, que retumbaba el viento,
cantaba de un ingenio peregrino,
en seguidillas, con destreza extraña,
pensamientos que envidia Italia a España.
Bailaron luego hilando castañetas
Lorenza y Justa y un galán barbero
que mira a Inés, haciendo más corvetas
que el Conde ayer en el caballo overo.
¡Oh celos! Todos sois venganza y tretas,
pues porque vi bajar el caballero
que adora de tu dueño la belleza,
no le quise alegrar con mi tristeza.
Entré en el baile con desgaire y brío
que, admirándole ninfas y mozuelos,
"¡Vítor!" dijeron, celebrando el mío:
y era que Amor bailaba con los celos.
Estando en esto, el contrapuesto río
se mueve a ver dos ángeles, dos cielos,
que a la Casa de Campo (Dios los guarde)
iban a ser auroras por la tarde.
¿No has visto a el agua, al súbito granizo
esparcirse el ganado en campo ameno
o volar escuadrón espantadizo
de las palomas, en oyendo el trueno?
Pues de la misma suerte se deshizo
el cerco bailador, de amantes lleno,
en oyendo que honraban la campaña
Felipe y Isabel, gloria de España.
¿No has visto en un jardín de varias flores

la primavera en cuadros retratada,
que por la variedad de las colores
aun no tienen color determinada,
y en medio ninfas provocando amores?
Pues así se mostraba dilatada
la escuadra hermosa de las damas bellas,
flores las galas y las ninfas ellas.
Yo, que estaba arrobada, les decía
a los reyes de España: "Dios os guarde,
y extienda vuestra heroica monarquía
del clima helado a el que se abrasa y arde";
cuando veo que dice "Isabel mía"
a mi lado don Juan; y tan cobarde
me hallé a los ecos de su voz, que luego
fue hielo el corazón, las venas fuego.
"Traidor" respondo, "tus iguales mira;
que yo soy una pobre labradora".
Y, diciendo y haciendo, envuelta en ira,
sigo la puente, y me arrepiento agora:
verdad es que le siento que suspira
tal vez desde la noche hasta el aurora;
mas recelo, si va a decir verdades,
lo que se sigue a celos y amistades.

Vanse. Salen doña MARÍA y
LEONOR

LEONOR:
A mi casa hemos llegado:
después, que no puedo agora,
porque viene mi señora,
te diré lo que ha pasado
por los celos en los dos.

Salen doña ANA y JUANA

ANA:
¿Ésta dices?

JUANA:
Ésta es.

MARÍA:
Dadme, señora, los pies.

ANA:

Isabel, guárdela Dios.
¿Qué se ofrece por acá?

MARÍA:
Quiéreme hacer su madrina
Leonor, que no me imagina
desacomodada ya.

ANA:
¿No está ya con el indiano?

MARÍA:
No, señora.

ANA:
Pues ¿por qué?

MARÍA:
Cierto atrevimiento fue,
de hombre al fin; pero fue en vano.

ANA:
¿Cómo, cómo, por mi vida?

MARÍA:
Pudiera estar satisfecho
de mi honor y de mi pecho:
de mi honor por bien nacida,
de mi pecho porque, habiendo
entrado por los balcones
una noche tres ladrones,
que ya le estaban pidiendo
las llaves, tomé su espada,
y aunque ya se defendieron,
por la ventana salieron,
y esto a pura cuchillada.
Pero obligándole a amor
lo que pudiera a respeto,
me llamó una noche, a efeto
de no respetar mi honor.
Que le descalzase fue
la invención: llego a su cama,
donde sentado me llama,
y humilde le descalcé.
Pero echándome los brazos,
tan descortés procedió,

que a arrojarle me obligó
donde le hiciera pedazos.
Mas de aquellos desatinos
sus zapatos me vengaron,
cuyas voces despertaron
la mitad de los vecinos.
Y aunque culpando el rigor,
poniéndose de por medio,
celebraron el remedio
para quitarle el amor.

ANA:
Notable debes de ser.
Cierto que te tengo amor.

JUANA:
Es el servicio mejor
y la más limpia mujer
de cuantas andan aquí.
Ruégale que esté contigo.

ANA:
¿No querrás estar conmigo,
Isabel?

MARÍA:
Señora, sí.

ANA:
¿Qué sabes hacer?

MARÍA:
Lavar,
masar, cocer y traer
agua.

ANA:
¿No sabrás coser?

MARÍA:
Bien sé coser y labrar.

ANA:
Pues eso será mejor.
Manto y tocas te daré.

MARÍA:

Señora, yo no sabré
servir de dueña de honor.
Éste es un hábito agora
de cierta desdicha mía,
que vos sabréis algún día.

Vase

JUANA:

Aquí está don Juan, señora.

Salen don JUAN y MARTÍN

JUAN:

Siempre soy embajador.
El Conde os pide licencia,
y dice que de su ausencia
fue causa vuestro rigor;
que tratáis tan mal su amor,
que ya toma por partido,
en la casa divertido,
solicitar a su daño
una manera de engaño
que a los dos parezca olvido:
a vos excusando el veros,
y a él, señora, el cansaros.
Pero no quiere engañaros
ni olvidarse de quereros:
visitaros y ofenderos
es fuerza para serviros.
Esto me manda deciros:
mirad si le dais licencia;
que le cuesta vuestra ausencia
cuantos instantes, suspiros.

ANA:

Vos venís en ocasión
que os he hecho un gran servicio;
a lo menos es indicio
de ésta mi loca pasión.
Mirad en qué obligación
os pone el haber traído
a mi casa quien ha sido
lo que tanto habéis amado;
que os quiero ver obligado,

pues no puedo agradecido.
Volved los ojos, veréis
a Isabel, que viene aquí,
no para servirme a mí,
sino a que vos la mandéis;
que no quiero que os canséis
en buscarla en fuente o prado.
Mirad si estáis obligado
y cómo he sabido hacer
que vos me vengáis a ver,
no como hasta aquí, forzado.

JUAN:

De vuestra queja os prometo
que es el Conde, mi señor,
la causa, cuyo valor
únicamente respeto;
porque ¿cuál hombre discreto
no conociera y amara
de vuestra belleza rara
la divina perfección,
y el discurso a la razón,
y a vos el alma negara?
Con esto la puse en quien
la misma desigualdad
disculpe la voluntad,
para no quereros bien.
Mas no me pidáis que os den
gracias de haberla traído
mis ojos; que antes ha sido
para no poderla ver,
pues testigo habéis de ser,
y yo menos atrevido.

Sale el CONDE

Sale el CONDE

CONDE:

Tanto la licencia tarda
que sin ella vengo a veros.

ANA:

Conde, mi señor, disculpa
de ausencia de tanto tiempo.
--Llega una silla, Isabel.

JUAN:

Aquí me estaban riñendo
tu ausencia.

CONDE:

¡Buena criada!
Y nueva; que no me acuerdo
haberla visto otra vez.

ANA:

¡Buena cara, gentil cuerpo!
¿No es muy linda?

CONDE:

¡Sí, por Dios!

ANA:

De que os agrade me huelgo;
que es la dama de don Juan.

CONDE:

Si es así el entendimiento,
disculpa tiene mi primo.
Verla más de espacio quiero.
--Pasad, señora, adelante.
¿De dónde sois?

MARÍA:

No sé cierto;
porque ha mucho que no soy.

CONDE:

Partes en la moza veo,
que en otro traje pudieran,
con el donaire y aseo,
dar, fuera de vuestros ojos,
a muchos envidia y celos.
Mi primo es tan singular
que por bizarría ha puesto
las preferencias del gusto
en tan bajos fundamentos.

MARTÍN:

A mí responder me toca.
Perdóneme si me atrevo,

por el honor del fregado,
la opinión del lavadero,
del cántaro y el jabón;
que más de cuatro manteos,
de esos con esteras de oro,
cubren algunos defetos.

ANA:

Cásase Martín agora
con mi Leonor, y por eso
siente que vueseñoría
haga de don Juan desprecio.

JUAN:

¡Dar en el pobre don Juan!

CONDE:

Huélgome del casamiento.
Y ¿seréis vos la madrina?
Porque ser padrino quiero.

ANA:

No, señor, que es Isabel;
que pienso que ha mucho tiempo
que ella y Leonor son amigas.

CONDE:

Pues tócale de derecho
ser padrino a don Juan.

JUAN:

Basta; que estáis de concierto
todos contra mí. Pues vaya;
que el ser el padrino aceto.

CONDE:

¿Cómo calla la madrina?

MARÍA:

Señor, corto entendimiento
presto se ataja, y más donde
hay tantos y tan discretos.
Allá en mi lugar un día
un muchacho en un jumento
llevaba una labradora,
y, perdonad, que iba en pelo.

"Hazte allá, que le maltratas",
iba la madre diciendo;
y tanto hacia atrás se hizo,
que dio el muchacho en el suelo.
Díjole: "¿Cómo caíste?"
y disculpóse diciendo:
"Madre, acabóseme el asno."
Así yo, que hablando veo
a tan discretos señores,
hago atrás mi entendimiento,
hasta que he venido a dar
con el silencio en el suelo.

MARTÍN:
(Tomen lo que se han ganado.) Aparte

MARÍA:
Es el Conde muy discreto,
y la señora doña Ana
un ángel; pues yo ¿qué puedo
decir que no sea ignorancia?

ANA:
Ahora bien, señor, hablemos
de la ausencia destes días.
Ya me olvidáis, ya me quejo
de vos al pasado amor.

CONDE:
Negocios son, os prometo,
que me han tenido ocupado
por un notable suceso.
Mató en Ronda cierta dama
Guzmán y Portocarrero,
cuyo padre con el duque
de Medina tiene deudo,
un caballero su amante.

ANA:
¿Con qué ocasión? ¿Fueron celos?

CONDE:
Desagraviando a su padre
de un bofetón, porque el viejo
no estaba para las armas.

ANA:
¡Gran valor!

JUAN:
¡Valiente esfuerzo!
Diera por ver a esa dama
toda cuanta hacienda tengo.

MARÍA:
(Turbada estoy, encubrir Aparte
puedo apenas lo que siento.)

CONDE:
Al fin, perdonó la parte,
poniéndose de por medio,
entre deudos de unos y otros,
muchos nobles caballeros.
Con esto me ha escrito el Duque,
por el mismo parentesco,
alcance el perdón del Rey;
lo que hoy, señora, se ha hecho.
Mándame también buscalla,
si entre tantos extranjeros
alguna nueva se hallase,
siendo esta corte su centro.
Mirad si estoy disculpado;
y porque me voy con esto,
vendré, señora, a la noche,
si me dais licencia, a veros.

ANA:
Id con Dios; volvé a la noche.

CONDE:
Sí haré, encanto de Babel.

A don JUAN

Quedaos con vuestro Isabel;
que yo me voy en el coche.

Vanse el CONDE, doña ANA y los criados

JUAN:
Alegre, Isabel, estás,
que ya el cántaro dejaste,

pues con la fe la mudaste,
y con el alma, que es más.
Que desde que te la di,
de cántaro la tenía,
pues pienso que se decía
este proverbio por mí.
Nunca quisiste trocar,
cuando yo lo deseaba,
al hábito que te daba
el que ya quieres dejar.
Si cuando yo te rogué,
hábito honrado tomaras,
la voluntad disculparas,
que baja en tus prendas fue.
Si el venir aquí son celos,
pensando que así me guardas,
son, Isabel, sombras pardas
en ofensa de tus cielos.
¿Qué guarda de más valor,
Isabel, que tu hermosura,
si ella misma te asegura
que merece tanto amor?
¡Vive Dios, que te he querido
y te quiero y te querré
con tanta firmeza y fe,
que vive mi amor corrido
de no vencer tu rigor,
siendo tú tan desigual!

MARÍA:

Quien siente bien no habla mal;
que para tener valor
con que poder igualaros,
aunque de vuestro apellido
príncipes haya tenido
Italia y Francia tan raros,
sóbrame a mí el ser mujer;
pero si de vuestro engaño
a los dos resulta daño,
desengaño habrá de ser.
No estoy contenta de estar
donde, con hacer mudanza
del hábito, mi esperanza
aspire a mejor lugar.
Ni menos estoy celosa
ni os guardo, aunque os he querido;

que en este humilde vestido
hay un alma generosa,
tan soberbia y arrogante,
que el cántaro que dejé
un cielo en mis hombros fue,
como el que sustenta Atlante.
Yo os quiero bien, aunque soy
de naturaleza esquiva;
pero hay otro amor que priva,
por quien os dejo y me voy.
No os dé pena; que os prometo
que no hay nieve tan helada;
pero he nacido obligada
a su amor y a su respeto.
No puedo hacer más por vos
que decir que os he querido:
en fe de lo cual os pido,
y del amor de los dos,
que una cosa hagáis por mí.

JUAN:

¿Cómo ausentarte, mi bien?
Después de tanto desdén,
¿esto merezco de ti?

MARÍA:

No excuso, aunque lo sintáis,
este camino.

JUAN:

Isabel,
¿qué dices?

MARÍA:

Que para él
estoy joya me vendáis.
Diamantes son: claro está
que justa sospecha diera
si a vender diamantes fuera
mujer que a la fuente va;
que con lo que ella valiere,
podré a mi casa llegar.

JUAN:

Cuando pensaba esperar,
quiere amor que desespere.

¡Notable desdicha mía!
¡Tristes nuevas! ¿Quién amó
con la fortuna que yo?
Mas ¿quién, sino yo, podía?
Tened la joya y la mano,
que entrambas diamantes son,
si es la mina un corazón
tan firme como tirano;
que cuando forzosa sea
vuestra partida, no soy
hombre tan vil...

MARÍA:

Si no os doy
la joya, don Juan, no crea
vuestro pecho liberal
obligarme con dinero;
que, pues de vos no lo quiero,
bien creeréis que me está mal.
¡Oh, qué habréis imaginado
de cosas, después que visteis
la joya! Aunque no tuvisteis
culpa de haberlas pensado,
pues yo os he dado ocasión.

JUAN:

Cuando yo, Isabel, pensara
tal bajeza, imaginara
prendas que más altas son
de las que tenéis, bastantes
a abonaros; cuando fuera
hurto, mayor le creyera,
si fueran almas, diamantes.
Algo sospecho encubierto,
Isabel, y en duda igual,
que sois mujer principal
tengo por mayor acierto.
Que desde el punto que os vi
con el cántaro, Isabel,
echó amor suertes en él
para vos y para mí.
Vos salisteis diferente
de lo que aquí publicáis,
y yo sin dicha si os vais,
para que yo muera ausente.
¿Quién sois, hermosa Isabel?

Porque cántaro y diamantes
son dos cosas muy distantes;
que hay mucha bajeza en él,
y en vos mucho entendimiento,
mucha hermosura y valor,
mucho respeto al honor,
que es más encarecimiento.
La verdad se encubre en vano;
que como al que ayer traía
guantes de ámbar, otro día,
le quedó oliendo la mano;
así, quien señora fue
trae aquel olor consigo,
aunque del ámbar que digo,
reliquias muestre por fe.

MARÍA:

No os canséis en prevenciones;

que yo no os he de engañar.

Sale LEONOR

LEONOR:

¿Cuándo piensas acabar,
Isabel, tantas razones?
Vente a vestir y a vestirme;
que mi señora te llama.

MARÍA:

Voy a ponerme de dama.

JUAN:

¿Volverás?

MARÍA:

A despedirme.

Vanse [las] dos

JUAN:

¿Qué confusión es ésta que levanta
Amor en mis sentidos nuevamente,
que a tales pensamientos adelanta
mi dulce cuanto bárbaro accidente?
Así el cautivo en la cadena canta,

así engañado se entretiene, ausente,
de vanas esperanzas, que algún día
verá la patria en que vivir solía.
No con menos temor, menos sosiego,
tímido ruiñeñor su esposa llama,
a quien el plomo en círculos de fuego
quitó la amada vida en verde rama,
que mi confuso pensamiento ciego
en noche obscura los engaños ama,
esperando que llegue con el día
la muerta luz de la esperanza mía.
Mas ¿cómo puede haber tales engaños?
¿Cómo pensar mi amor que la belleza
no puede haber nacido en viles paños,
si pudo la fealdad en la nobleza?
Así, para mayores desengaños,
mostró por variedad naturaleza
de un espino la flor cándida, hermosa,
y vestida de púrpura la rosa.
Que darne yo a entender que la hermosura
que vi llevar un cántaro a la fuente,
por engastar el barro en nieve pura
del cristal de una mano trasparente,
no pudo proceder de sangre obscura,
y nacer entendida humildemente,
es vano error, pues siempre amando veo
calificar bajezas el deseo.
Pues ¿quién será Isabel, locura mía,
con hermosura y prendas celestiales?
¡Oh! ¿cuándo resistió tanta porfía
la bajeza de humildes naturales?
No ha de pasar sin que lo sepa el día.
Industrias hay; y si por dicha iguales
somos los dos, como mi amor desea,
tu cántaro, Isabel, mi dote sea.
No te pienses partir, si por ventura
no lo quieres fingir para matarme;
que ya no tiene estado mi locura
que yo pueda perderte y tú dejarme;
que si tienes nobleza y hermosura,
del cántaro por armas pienso honrarme;
que con el premio con que ya se trata,
Amor le volverá de barro en plata.

Vase. Salen MARTÍN y PEDRO

PEDRO:

Martín, en esta ocasión
me habéis desfavorecido;
quejoso estoy y ofendido.

MARTÍN:

Pedro, no tenéis razón;
que el Conde gusta que sea
padrino con Isabel.

PEDRO:

Ensancharáse con él
cuando a su lado se vea.
Yo sé que si me casara,
padrino os hiciera a vos.

MARTÍN:

Yo no pude más, por Dios.

PEDRO:

Pedro ¿también no la honrara?
¿No tengo cueras y sayos,
capas, calzas, que por yerro
quedaron en su destierro
vinculadas en lacayos?
Pues ¡por el agua de Dios,
aunque poca me ha cabido,
que soy yo tan bien nacido!...

MARTÍN:

¿Quién pudiera como vos
honrarme con Isabel?

PEDRO:

¿Hay hidalgo en Mondoñedo
que pueda, como yo puedo,
volver la silla a el dosel?

MARTÍN:

Dejad el enojo ya;
y pues que sois entendido,
decidme si acierto ha sido
casarme.

PEDRO:

Pues claro está;

que es muy honrada Leonor,
aunque pide más caudal
la talega de la sal,
que anda el tiempo a el rededor.
Mas queriendo el Conde bien
a doña Ana, por Leonor
os hará siempre favor,
y ella ayudará también
de su parte a vuestra casa.

MARTÍN:
Pues con eso pasaremos.

PEDRO:
¿Quién queréis que convidemos?

MARTÍN:
No lo excusa quien se casa.
A Rodríguez lo primero,
a Galindo y a Butrón,
a Lorenzo y a Ramón,
y a Pierres, buen compañero.

PEDRO:
Haced llevar un menudo;
que no hay hueso que dejar.

MARTÍN:
Eso es darles de cenar.
PEDRO: En esta ocasión no dudo
de que tendrán los señores
arriba gran colación.

MARTÍN:
Por allá conservas son
y confites de colores.

PEDRO:
Lobos de marca mayor
tendremos en cantidad.
MARTÍN: Pedro, ésa es enfermedad
que no ha menester doctor.

Vanse. Salen doña ANA y don JUAN

JUAN:

Yo pienso que es condición,
y no amor, vuestra porfía.

ANA:

Y ¿quién sin amor podía
sufrir tanta sinrazón?

JUAN:

No es sinrazón la ocasión
que me fuerza a no querer
lo que del Conde ha de ser.

Sale el CONDE, que se queda escuchando sin que le
vean

CONDE:

(Necios celos me han traído Aparte
de un deudo amigo fingido
y de una ingrata mujer.)

JUAN:

Cuando no os quisiera bien
el Conde, mil almas fueran
las que estos ojos os dieran.

ANA:

¡Oh, mal haya el Conde, amén!

CONDE:

(Don Juan la muestra desdén, Aparte
y ella a don Juan solicita.)

ANA:

Con oro en mármol escrita
tiene el amor una ley,
que como absoluto rey,
no hay traición que no permita.
Demás, que esto no es traición;
que nunca yo quise al Conde.

CONDE:

(En lo que agora responde Aparte
conoceré su intención.)

JUAN:

Ninguna loca afición

que se haya visto ni escrito
ha disculpado el delito
del amigo; que el valor
es resistir a el amor
y vencer a el apetito.
Que yo con vos me casara
es sin duda, si pudiera.

ANA:

Y ¿si el Conde lo quisiera,
y aun él mismo os lo mandara?

JUAN: Entonces es cosa clara;
mas cierta podéis estar
que no me lo ha de mandar.
Y así, me voy; que no quiero
dar a tan gran caballero
ni sospecha ni pesar.

CONDE:

Detente.

JUAN:

Si habéis oído
lo que ya sospecho aquí,
pienso que estaréis de mí
seguro y agradecido.

CONDE:

Todo lo tengo entendido;
y si por quereros bien
trata mi amor con desdén
doña Ana, no ha sido culpa,
porque sois vos la disculpa,
y mi desdicha también.
Dice que sabe de mí
que os mandaré que os caséis:
dice bien, y vos lo haréis,
porque yo os lo mando así.
Que a saber, cuando la vi,
que os tenía tanto amor,
no la amara; aunque en rigor
fue engañado pensamiento
que con tal entendimiento
no escogiese lo mejor.

JUAN:

Aunque a Alejandro imitéis
en darme lo que estimáis,
ni como Apeles me halláis,
ni enamorado me veis,
ni vos mandarme podéis
que sea lo que no fui;
pues cuando pudiera aquí
ser lo que no puede ser,
no quisiera yo querer
a quien os deja por mí.

ANA:

Quedo, quedo; que no soy
tan del Conde que me dé,
ni tan de don Juan que esté
menos contenta ayer que hoy.
Libre, a mí misma me doy,
y daré luego, si quiero,
a un honrado caballero
mujer y cien mil ducados,
sin suegros y sin cuñados,
que es otro tanto dinero.

Salen doña MARÍA, de madrina y muy bizarra, con LEONOR de la mano;
MARTÍN, PEDRO, LORENZO, BERNAL y otro lacayos,
muy galanes; Acompañamiento de mujeres de la boda, MÚSICOS.

Cantan

MÚSICOS:

En la villa de Madrid
Leonor y Martín se casan:
corren toros y juegan cañas.

MARTÍN:

¡Mala letra para novios!

PEDRO:

Pues ¿no os agrada la letra?

MARTÍN:

Correr toros y casarme
paréceme a los que llevan
pronósticos para el año
dos meses antes que venga.

CONDE:

Gallarda viene la novia;
pero quien no conociera
a Isabel, imaginara,
viéndola grave y compuesta,
que era mujer principal.

ANA:

Juzgarse puede por ella
cuánto las galas importan,
cuánto adorna la riqueza.

CONDE:

¡Qué perdido está don Juan!

ANA:

¡Qué admirado la contempla!

CONDE:

Por Dios, que tiene disculpa
de estimarla y de quererla;
que la gravedad fingida
parece tan verdadera,
que, a no conocerla yo,
y saber sus bajas prendas,
hiciera un alto conceto
de su gallarda presencia.

Para sí

JUAN:

(Amor, si en esta mujer
no está oculta la nobleza,
la calidad y la sangre
que por lo exterior se muestra,
¿qué es lo que quiso sin causa
hacer la naturaleza,
pues pudiendo en un cristal
guarnecido de oro y piedras,
puso en un vaso de barro
alma tan ilustre y bella?
Yo estoy perdido y confuso,
doña Ana celosa de ella,
el Conde suspenso, hurtando
a su gravedad respuesta.
Ella se parte mañana,

diamantes me da que venda;
¿qué tienen que ver diamantes
con la fingida bajeza?
Pues ¿he de quedar así,
Amor, sin alma y sin ella?
¿No alcanza el ingenio industria?
No suele en dudosas pruebas,
por las inciertas mentiras,
hallarse verdades ciertas?
Ahora bien; no ha de partirse
Isabel sin que se entienda
si en exteriores tan graves
hay algún alma secreta.)
Conde, el más alto poder
que reconoce la tierra,
el cetro, la monarquía,
la corona, la grandeza
del mayor rey de los hombres,
todas las historias cuentan,
todos los sabios afirman,
todos los ejemplos muestran
que es amor; pues siendo así,
y que ninguno lo niega,
que yo por amor me case,
que yo por amor me pierda,
no es justo que a nadie admire,
pues cuantos viven confiesan
que es amor una pasión
incapaz de resistencia.
Yo no soy mármol, si bien
no soy yo quien me gobierna;
que obedecen a Isabel
mis sentidos y potencias.
Cuando esto en público digo,
no quiero que nadie pueda
contradecirme el casarme,
pues hoy me caso con ella.
Sed testigos que le doy
la mano.

CONDE:
¿Qué furia es ésta?

ANA:
Loco se ha vuelto don Juan.

CONDE:

¡Vive Dios, que si es de veras,
que antes os quite la vida
que permitir tal bajeza!
¡Hola! Criados, echad
esta mujer hechicera
por un corredor, matadla.

JUAN:

Ninguno, infames, se atreva;
que le daré de estocadas.

CONDE:

Un hombre de vuestras prendas
¿quiere infamar su linaje?

JUAN:

¡Ay Dios! Su bajeza es cierta,
pues calla en esta ocasión.
Ya no es posible que pueda
ser más de lo que parece.

CONDE:

¿Con cien mil ducados deja
un hombre loco mujer,
que me casara con ella,
si amor me hubiera tenido?

MARÍA:

Quedo, Conde; que me pesa
de que me deis ocasión
de hablar.

JUAN:

(¡Ay Dios! ¿Si ya llega Aparte
algún desengaño mío?)

MARÍA:

No está la boda tan hecha
como os parece, señor;
porque falta que yo quiera.
Para igualar a don Juan,
¿bastaba ser vuestra deuda
y del duque de Medina?

CONDE:

Bastaba, si verdad fuera.

MARÍA:

¿Quién fue la dama de Ronda
que mató, por la defensa
de su padre, un caballero,
cuyo perdón se concierta
por vos, y que vos buscáis?

CONDE:

Doña María, a quien deban
respeto cuantas historias
y hechos de mujeres cuentan.

MARÍA:

Pues yo soy doña María,
que por andar encubierta...

JUAN:

No prosigas relaciones,
porque son personas necias,
que en noche de desposados
hasta las doce se quedan.
Dame tu mano y tus brazos.

MARTÍN:

Leonor, a oscuras nos dejan.
Los padrinos son los novios.

ANA:

Justo será que lo sean
el Conde y doña Ana.

CONDE:

Aquí
puso fin a la comedia
quien, si perdiera este pleito,
apela a Mil y Quinientas.
Mil y quinientas ha escrito:
bien es que perdón merezca.

FIN DE LA COMEDIA